

Martes XXIX del TO
Ciclo B



22 de octubre de 2024

Ef 2,12-22

Sal 84

Lc 12 35-38

P. Eduardo Suanzes, msp

El trozo de la Carta a los Efesios que acabamos de leer en la Primera Lectura rezuma unidad, gracia, inclusión, cercanía, paz; un solo cuerpo, una sola vida, un solo hombre nuevo, una nueva humanidad, una sola familia: la familia de Dios en donde Él ha encontrado su morada. Y eso se realiza por la muerte de Cristo en la Cruz. Jesús, como Sansón, muere matando, por amor a todos y sin distinción. Pero a quien Jesús mata es a la hostilidad: «*dando muerte en su persona a la hostilidad*», dice Pablo. La serpiente de la hostilidad murió agotando todo su veneno en la carne del crucificado. Y en ese mordisco definitivo murió Cristo, pero murió el odio, la división, la lejanía, la exclusión. Estos son los esfuerzos de Pablo para decirles a los de Éfeso, para explicarles, para hacerles comprender su nueva condición. El antes ya no es el ahora y el partearguas es la Cruz de Cristo, su muerte en la cruz.

Y entonces, ¿qué es lo que sucede cuando vivimos en división, sin unidad, sin gracia, sin paz? ¿Qué es lo que sucede cuando nuestra vida en ciertos momentos se ve inundada por la hostilidad, por el desengaño, por la animadversión...el odio, tal vez?

La redención fue un hecho objetivo y realizado en un momento de la historia: es la Redención objetiva. Pero a realidad de la redención no es un acontecimiento que se impone en mi vida como varita mágica: es necesario la apertura de nuestro corazón: Redención subjetiva. Dios es de tal manera que ni siquiera su Redención me la impone. El acto de amor de Jesús en la Cruz, el precio de su sangre, con todo lo infinito que es, nada puede ante mi negativa, ante mi voluntad cerrada. Y nada puede porque Dios elige, por amor, «no poder» sin mi consentimiento. Cada vez que dejo entrar la hostilidad o la división en mi vida estoy rechazando la Redención, la Cruz de Cristo y por tanto su gracia queda paralizada en mí. Ese es nuestro drama: que podemos dejar la Redención fuera de nuestro espacio vital.

Cuando asumimos la Cruz de Jesús somos como esas piedras del edificio, amalgamados unos con otros en la unión y la cercanía, por el Espíritu Santo. Y la piedra que sostiene todo ese edificio, la piedra angular, es Cristo Jesús. Ese edificio se convierte en el Templo de Dios y, por tanto, al asumir la Redención en nuestro espacio vital, nos convertimos en su Morada. Es curioso que Pablo al hablar del «antes» y del «ahora» de «lejanía» y «cercanía» («*los que antes estaban lejos ahora están cerca*») no indica el punto de referencia. No dije «lejos de qué» ni «cerca de qué»; pero al final, cuando concluye que nos convertimos en Su Morada, por la aceptación de la Cruz de Cristo en mi vida, nos está diciendo que, efectivamente no hay punto de referencia: nuestro corazón, nuestra vida, es el punto de referencia, porque es ahí donde se produce la unión con Cristo Jesús.

Por tanto, la Redención no es un acontecimiento mágico que cambia mi vida sin más, es un acontecimiento salvífico de valor infinito, que transforma mi vida ciertamente en Morada de Dios, con la condición de ser asumida. Y en esta asunción está implicada mi vida cotidiana, mi relación con los hermanos, mi unión con la comunidad y con los que me rodean.

Nuestra lejanía o cercanía es la abrumadora realidad que ha tocado profundamente la sensibilidad de Pablo. A partir de aquí es como si no pudiera nunca cesar de celebrar este misterio y de alabar la gracia que Dios le ha concedido de anunciarlo a todos nosotros.

En el Evangelio Jesús nos viene a decir que nos convertimos en lo que esperamos, que somos lo que esperamos. El que espera la muerte, se vuelve hijo suyo y lo que produce a su alrededor es la hostilidad, la desunión, las dinámicas de muerte. Pero el que espera al Señor Jesús, tiene su misma vida de Hijo del Padre. Nuestra palabra no es convincente si la espera que aseguramos es la de Jesús no se hace patente en dinámicas de vida en nuestra comunidad, en la unión y el amor entre nosotros. Porque este tiempo de la espera en el Señor Jesús no es un tiempo vacío: es el tiempo de la salvación, de asumir su Cruz, como hemos dicho antes; de asumir su resurrección. La historia, nuestra historia, se convierte así en el lugar de la decisión y de la conversión, de la vigilancia y de la fidelidad a la Palabra que nos transforma a imagen del Hijo. Nos dice Jesús que nuestra vigilancia no consiste en escrutar la oscuridad, que así es como viven muchos preocupados por cómo está el mundo de hoy sumergido en la noche. Jesús dice, con otras palabras, que nuestra vigilancia es tener encendida la luz ante el mundo, la luz del Señor, para que Él continúe su misión a través nuestro. Es decir que cuando caminamos como caminó Él, prestamos nuestros pies para su retorno¹.

«El deseo constituye la parte integral de la esperanza»². Y ya el mismo Heráclito comentó que «**quien no espera no encontrará jamás lo inesperado**»³. Dios siempre sorprenderá al ser humano en cualquier esquina del camino: pero hay que esperarlo, de lo contrario pasaremos de largo. Cuanto más se espera de Dios más se alcanza de él⁴ y cuanto más el hombre espera su realización como persona más la llega a poseer, y, por lo tanto, más feliz será, porque cuanto más se desea más se posee⁵.

¹ Cfr. SILVANO FAUSTI. *Una comunidad lee el Evangelio de Lucas*. Ed. San Pablo. Bogotá, 2007

² RYSZARD GROŃ. *Esperanza y deseo en San Juan de la Cruz*. Pamplona, 1997

³ HERÁCLITO DE ÉFESO, filósofo, siglo VI-V a.C. Aforismos de Heráclito recopilados en Diels-Kranz, 18

⁴ Cfr. también JUAN DE LA CRUZ. *Subida* III, 7,2; 15,1; *Noche* II, 21,8

⁵ Cfr. JUAN DE LA CRUZ. *Llama de amor viva* B 3,23